

## **La integración del público no comprador a través de la mediación como estrategia de autovalidación.**

Salomé Rojas

Categoría 2-Texto breve

Una sala de exposiciones: paredes blancas, luz dirigida, deshumidificadores, fichas técnicas, y, por supuesto, algo que podríamos señalar como “obra de arte”. Un espacio muerto desde su inicio y a la espera de un visitante que lo contemple con respeto, con la solemnidad con que se mira a un difunto dentro de su ataúd. En este entierro no hay llanto, nadie se estremece y sólo se levanta la voz si es para explicar por qué era tan bueno y por qué estamos todos acá reunidos para presenciar este momento.

Aunque parezca, no es un espacio neutro, nada allí se ha dejado a la zar, por eso si un bicho, un hongo o cualquier otro ser vivo no consciente de estar en el espacio del arte decidiera residir allí, sería erradicado de manera rotunda y sería supervisada su exitosa extinción.

Pero un humano no es un ser más, es un posible actor. Sin embargo, cuando ve el cartel de abierto en una puerta, debe enfrentarse en primer lugar a descifrar si ese lugar está abierto para él. ¿Se necesita invitación para entrar?, ¿debo pagar por estar allí?, o ¿qué clase de código debo cumplir? Incluso el joven estudiante de arte no está seguro, ha escuchado que alguien cercano a un amigo alguna vez expuso en un lugar así, pero no sabe mucho más al respecto.

Finalmente, con determinación, una vez desbloqueada la entrada, el transeúnte descubre que muy probablemente ese lugar que desde afuera se veía tan apacible, adentro es un puño en la cara que debe ser recibido sin chistar. En realidad no sabe cómo fue golpeado, tampoco sabe por qué, pero finalmente no hay forma de defenderse.

En el fondo del espacio hay una cosa extraña, algo dentro de una caja, no se alcanza a ver bien qué es, la sala está tan iluminada que ciega. El transeunte se acerca a la caja pero le da miedo que la punta de su nariz ensucie el vidrio de esa cosa extraña, en su interior siente un poco de confusión mezclada con desinterés, pero se cuida de que algún otro transeúnte curioso como él, pueda llegar a entablar una conversación sobre lo que ninguno de los dos pudo aprehender.

Lee el texto que el curador ha escrito, lo analiza, por momentos cree que lo entiende y, al final, decide que no le encuentra sentido a nada de lo que dice. Entonces empieza a sentir el poder que el arte se otorga a sí mismo a partir de su sin sentido. El sujeto puede afirmar que tuvo un encuentro con el Gran Arte, incluso puede afirmar que no fue de su agrado, sin embargo, queda una pequeña confusión en su interior.

Antes de abandonar la sala se topa con un interlocutor, pero este, no es un humano desprovisto como él, parece ser alguien que viene a incentivarlo a seguir viendo, inician una charla sobre la exposición, las obras, el artista, el arte y sus bondades. El silencio se ha roto, la timidez parece que se ablanda, aunque el transeúnte siente que no es un ablandamiento espontáneo; simplemente el conversador le ha dicho, con algo de conmiseración, que está bien tocar la obra que está en el piso, le ha explicado por qué la sala está tan oscura, le ha contado lo que el creador quiere decir con las pinturas.

Finalmente el humano abandona el lugar después de tanta explicación, y aunque no se va muy convencido, muy probablemente vuelva al lugar expectante de qué cosa nueva habrá en otra oportunidad, pero en esa ocasión entablará una conversación desde el principio con el interlocutor del lugar.

El espacio del arte es construido a manera de santuario, la divinidad está allí, intacta, los letrados realmente puros acuden a su regazo; mientras tanto el transeúnte es consciente de lo que existe y es consciente de su poco entendimiento al respecto.

Dentro del lugar immaculado se resguardan los interesados: el artista, el coleccionista e incluso el investigador. Todos mantienen la compostura, el artista o el anfitrión dirán cuándo tocar y cuándo mirar; el investigador anunciará el momento de valorar y el comprador decidirá cómo comprarlo. Ellos conforman un lugar verosímil en sí mismo, si un día decidieran decir que los ríos son violeta, así lo será y cada uno pondrá de su parte para que así se mantenga como una galaxia autónoma en el transcurrir del universo.

Su autonomía se crea inteligentemente al tener todo lo necesario dentro de sí, el productor, el guardián, el distribuidor, el consumidor e incluso el detractor. Todos saben las reglas y mejor aún, saben en qué momento mentir juntos. Ninguno de ellos siente ya miedo frente a la sala blanca, sienten la capacidad de discernir cuándo tocar o cuándo no, y en caso de duda saben a quién observar para poder imitar. Si deben agacharse hasta el nivel

del suelo lo van a hacer, saben que lo están haciendo por el arte; tal vez no están entendiendo nada, pero saben que así debería ser.

El ambiente nunca deja de ser arte, el gran público habitante sabe que está en medio de un artificio más, por eso lo recorre, lo observa, lo disfruta, pero nunca olvida dónde está. Por el contrario, el humano transeúnte está paralizado, sus sentidos en realidad quieren retraerse, al parecer ver esto no es sencillo como ver por la ventana. El primer encuentro aturde, confunde e incluso avergüenza si no se sabe qué hacer, el humano no está estimulado por los juegos del poder y del dinero, así que no necesariamente pierde algo de su capital si el resto de espectadores descubren que él no está disfrutando de la ocasión –así sea para luego opinar en contra– por ello simplemente prefiere irse; salir de ese universo que flota de manera particular, y afirmar allá afuera, que en el sala de exposiciones nada tiene sentido.

Ahora la misión del interlocutor empieza, sutilmente debe llegar a ese transeúnte desubicado y hacerle entender su papel en el arte. Le enseña sobre las particularidades de cada exposición, le revela los secretos que él solo no hubiese podido ver y lo adiestra sutilmente para que pueda tener un pequeño papel en la galaxia del arte. En mejores circunstancias, el humano tendrá la posibilidad de escuchar al artista hablar de sus obras, o podrá conseguir el libro donde el investigador avala la obra, el movimiento o el creador.

El humano se familiariza con la galaxia auto alimentada, empieza a entender su superficie y ya no se cuestiona si esto tiene sentido o no, simplemente acepta que las cosas en ese lugar funcionan así. El transeúnte ha validado así un lugar al que está siendo integrado, está allí adentro, pero todos saben que su papel difícilmente va a cambiar. La autovalidación entre pares parece ya no ser del todo suficiente, ahora debemos sumar la validación del supuesto externo, ya que la sala de exposiciones no se puede permitir pasar desapercibida para el universo entero.

El capital no puede dejar nada fuera de su sistema, incluso aquel que tiene muy pocas posibilidades de convertirse en un gran comprador, debe ser captado para obtener provecho de él, por eso hay que adiestrarlo, no necesariamente debe comprender con exactitud qué está sucediendo, de hecho es más favorable si toda la galaxia mantiene un tono misterioso, así el humano sigue sintiendo un pequeño rastro de la sensación de

empequeñecimiento frente a todo, esto le recordará su papel, haciéndole desear al mismo tiempo estar en otro rol para poder crear, entender o comprar.

A veces, para todos en la sala de exposiciones, puede haber una pequeña sensación de inseguridad, piensan que algo está mal o tal vez ya no se creen los unos a los otros; sin embargo deben seguir el curso de las cosas, el arte debe seguir siendo percibido como algo importante, el arte por el arte podría avergonzarse de sí mismo al ver que no tiene una intención más profunda que dinamizar el capital, parece haber algún conflicto moral en el simple deleite de poseer.

El comprador necesita asegurar que en su nueva adquisición hay algo incomprendible para el humano, y por eso le debe ser explicado a todo quien no sea él, así su inversión de dinero ya no será una banalidad, sino el uso total de su erudición única para el enaltecimiento de esos valores increíbles que anteriormente han sido mencionados por el curador.

Por eso la sala de exposiciones empieza a querer al humano y su maleabilidad, una institución con un aparato de producción tan robusto ahora crea sus propios espectadores, pero a estos hay que moldearlos y educarlos, hay que transferirles algo de las buenas costumbres para que responda a las obras, vea los videos completos, disfrute el performance y entienda los chistes; todo esto sin sobrepasarse y sin olvidar que está dentro de una galaxia que se rige por sus propias leyes y se mantiene flotando en su propia ingravidez, así que hay cosas en ellas que no deben ser tocadas, movidas o cuestionadas bajo la misma lógica del resto del universo.

Ahora el artista respira tranquilo cuando sabe que al menos un contado número de personas ajenas a su mundo lograron conectarse con su obra, así necesitaran ayuda, porque aunque cree que no era una código fácil de descifrar, le tensiona que sus preocupaciones sean demasiado ajenas a la vida de los demás. El curador se siente triunfante al ver que un humano transeúnte se ha doblegado frente a su ingenioso recorrido, sabe que ha sido persuadido por un interlocutor constante, pero cree que esto ha llevado la sala de exposiciones a ser un lugar de experiencia.

El anfitrión siente que ha integrado la sala de exposiciones a su comunidad, su postura dentro de la ciudad ya no es más un lugar rígido y que sin distinción los transeúntes entrarán de manera espontánea a admirar todo. Las investigaciones han cobrado sentido,

han ayudado a encaminar la mirada pero en realidad ninguno de ellos sabe si esto es cierto; la validación obtenida por parte del transeúnte puede ser simplemente productora por la presión ejercida desde el centro.